

MELANIE METZENTHIN

La
Enfermera
del puerto

Una prueba
del destino

Traducción:

MARÍA DOLORES ÁBALOS



MAEVA | NOIR

PRIMERA PARTE

La época
de los sueños

1

Hamburgo, abril de 1913

A MARTHA LE encantaban los domingos, aunque desde el nacimiento de sus hijos se habían terminado los tiempos en los que ella y su marido Paul podían dormir hasta la hora que quisieran. Normalmente era la pequeña Ella la primera que se asomaba, pero esa mañana apareció en el umbral de la puerta del dormitorio Rudolf, de ocho años, que, seguido por su hermano Alfred, de seis, preguntó con impaciencia:

—Papá, ¿nos vamos ya?

Martha se despertó antes que Paul y, en la penumbra, echó un vistazo al despertador.

—Pero si solo son las cinco y media —murmuró—. Es demasiado temprano. Erich ha dicho que vayáis a las diez.

—Volved a la cama, niños —dijo Paul—. Mamá y papá quieren seguir durmiendo.

En lugar de obedecer, Rudolf giró la llave de la luz que estaba en la pared y que regulaba el suministro de gas de la lámpara de techo. Al momento, se iluminó toda la habitación.

Martha suspiró hondo.

—Rudi, apaga la luz ahora mismo... —Se interrumpió. ¿Podía ser cierto que los dos llevaran ya puesta la ropa de domingo, sus trajes de marinero de color azul oscuro? Hasta se habían lavado la cara y se habían peinado con esmero—. Pero si ya estáis listos.

—Sí, mamá, no queremos llegar tarde. —Rudi asintió con firmeza—. Papá, ¿podemos irnos ya?

Paul miró a Rudi muy serio.

—Mamá acaba de decirnos que Erich no irá hasta las diez. No pienso quedarme cuatro horas esperando con vosotros en el astillero. Quitaos las chaquetas e id a vuestra habitación. ¡Andando! A las ocho desayunaremos.

—Pero, papá... —remoloneó Rudi.

—Se acabó. Si no desaparecéis de inmediato y volvéis a apagar la luz, hoy no vamos a ninguna parte, ¿está claro?

Rudi apagó la luz enseguida.

—Vamos, Fredi —le dijo a su hermano al oído—. Jugaremos con las maquetas de los barcos que nos ha regalado el tío Heinrich.

Paul respiró aliviado.

—Menos mal que Ella no se ha despertado.

Martha asintió, a pesar de que ya se había desvelado. En ese momento sus pensamientos se remontaron con nostalgia a los tiempos en que los domingos les pertenecían a ellos dos solos. Aquellos días en que dormían cuanto necesitaban y, a continuación, se amaban apasionadamente. Cuando Paul se disponía a darse la vuelta para seguir durmiendo, ella le dio un tierno beso en la mejilla.

—¿No era el príncipe el que despertaba a la Bella Durmiente con un beso? —se burló mientras le guiñaba un ojo.

—Ya que estamos despiertos, podemos aprovechar el tiempo de otra manera —respondió ella con descaro—. ¿O estás cansado?

—Para eso nunca estoy cansado. —La abrazó y empezó a besarla. Al instante, se abrió otra vez la puerta del dormitorio.

—Mamá, tengo sed —dijo Ella.

—Me pregunto cómo los Möller, los vecinos, han conseguido engendrar siete hijos —murmuró Paul, a la vez que soltaba a su mujer—. Si con tres ya no te da tiempo a hacer nada...

Martha se echó a reír.

—En fin, ya no me queda más remedio que levantarme —dijo—. Ven, Ella, te daré un vaso de leche en la cocina.

Martha se sentía muy orgullosa del mobiliario de la cocina, pues no solo tenía una nevera para los alimentos perecederos,

sino también un fogón de gas de los más modernos. Mientras que otros se veían obligados a quemar carbón, leña o turba, ella solo necesitaba girar la llave del gas. Estar casada con un ingeniero mecánico que ganaba un buen sueldo tenía sus ventajas.

Después de darle un vaso de leche a su hija, Martha fue al cuarto de baño y encendió el calentador. Solo unas pocas casas de esa zona disponían de un baño propio con agua caliente y un retrete, y muchos inquilinos se conformaban con que en cada piso hubiera un solo inodoro para todos. Poco después de que Martha se mudara, su padre le preguntó si no era poco higiénico que el retrete estuviera dentro del piso. Ella había negado con la cabeza antes de explicarle que la cisterna era mucho más higiénica que cualquier orinal. Pero aun así tuvo que luchar durante una buena temporada contra ese prejuicio. «¡Un retrete dentro de la vivienda! ¡Vaya una nueva moda! Ese cachivache no lo tenía nadie en el puerto.»

Martha abrió el grifo del agua caliente y comprobó si el calentador ya había cumplido su función. Sí, ya era suficiente. Mientras el agua humeante llenaba la bañera, añadió unas gotas de aceite de lavanda, un lujo del que disfrutaba todos los domingos. Le encantaba acomodarse dentro del agua caliente y entregarse a sus ensoñaciones. Esos momentos eran sagrados para ella; lo sabía toda la familia y ni siquiera Ella la molestaba cuando el olor a lavanda invadía toda la casa, señal de que mamá se encontraba en la bañera.

A las ocho, la familia se sentó a la mesa del desayuno.

Los dos chicos estaban tan emocionados con la excursión que iban a hacer al astillero Vulcan, que no había quien los parara.

—Papá, Rudi me ha dicho que no se dice la *Imperator*, sino el *Imperator*. En cambio, el tío Heinrich nos contó que todos los barcos son femeninos.

—Este barco es una excepción, Fredi —le explicó Paul—. El káiser creía que el barco más grande del mundo, que además lleva por nombre *Imperator*, no podía ser una mujer. Por eso se llama excepcionalmente el *Imperator*.

—Vaya, ya ves qué poco valora el káiser a las mujeres —comentó Martha, mientras se comía a cucharadas el huevo pasado por agua—. Hasta a los nombres de los barcos les quitan ahora el artículo femenino.

—Bueno, yo creo que se debe solo a sus delirios de grandeza —contestó su marido.

—Eso no se puede decir del káiser —lo reprendió ella. Podrían tener un disgusto si los niños iban contando por ahí que su padre, un socialdemócrata reconocido, tildaba de megalómano al káiser.

—¿Tú cómo llamarías a eso? —continuó Paul impertérrito—. Erich me ha contado que poco antes de la botadura se enteraron de que en Inglaterra estaban construyendo un barco que mediría treinta centímetros más que el *Imperator*. Por esa razón, el káiser mandó poner a modo de mascarón de proa un águila dorada posada sobre un globo terráqueo, y así el *Imperator* seguiría siendo el barco más grande del mundo.

—Qué gasto más absurdo por treinta centímetros —opinó Martha a la vez que negaba con la cabeza.

—Casi todos los hombres dan mucha importancia a cada centímetro —observó Paul guiñándole el ojo. Martha pudo contener la risa a duras penas.

—Y ese barco lo vamos a ver hoy, ¿verdad, papá?

—Sí, Rudi. Y Erich me ha prometido que nos dejará subir a los tres a bordo, porque los domingos no hay nadie que se lo pueda prohibir. Luego podremos visitar incluso los grandes camarotes de lujo de primera clase, que normalmente no consiguen ver más que los muy ricos y el personal del barco.

Como Ella, a sus tres años, no mostraba todavía el menor interés por ver un barco, Martha tenía previsto llevarla al río Alster para dar de comer a los cisnes y, más tarde, tomar un helado en el pabellón cercano.

A las nueve y cuarto, Paul no fue capaz de retener por más tiempo a los chicos. Pero justo cuando iban a salir de casa, alguien llamó con fuerza a la puerta.

Era Katrin Schwenke, la mayor de los nueve hijos de la viuda Schwenke, que padecía una enfermedad crónica desde hacía mucho tiempo.

—Perdonen que los moleste en domingo —dijo la chica—, pero mi madre se encuentra muy mal. Apenas reacciona, está ardiendo de fiebre y tengo mucho miedo de que no pueda superarlo. —La mirada suplicante de la chica de trece años, que había perdido a su padre hacía tan solo cuatro meses por un grave accidente en el puerto, le partió el alma a Martha, que lanzó una mirada a Paul.

—De camino al astillero, ¿puedes dejar a Ella en casa de mi padre? —preguntó—. La recogeré en cuanto termine.

Paul asintió y agarró a su hija de la mano.

—Entonces, vámonos ya —dijo—. Volveremos al mediodía.

KARL WESTPHAL, EL padre de Martha, continuaba viviendo en el piso en el que se había criado su hija. Era conocido y querido por todos los niños del barrio, porque desde el grave accidente que le había dejado una pierna anquilosada, se ganaba la vida como organillero y era el orgulloso padre adoptivo de dos monitos. *Koko*, el mayor, había cumplido para entonces la edad bíblica de diecinueve años y ya no tenía fuerzas para dar sus saltos alegres de antaño. De eso se encargaba desde hacía cuatro años el resuelto mono capuchino *Maximilian*, que además recogía las monedas que les daba la gente, mientras *Koko* se sentaba cómodamente en un cestito colocado sobre el organillo.

A sus nietos les entusiasmaban los monitos y les gustaba ir a casa del abuelo. Siempre se alegraban de hacerle una visita, pero aquella mañana, cuando llegaron al piso, se encontraron con la puerta cerrada.

—Karl ha salido hacia Blankenese esta mañana temprano —les dijo una vecina—. Allí gana un buen dinerito los domingos cuando toca el organillo ante la gente elegante.

—Pues los domingos suele estar en Jungfernstieg a partir de las diez —afirmó Paul.

— Sí, eso era antes. Me ha dicho que ahora hay otros muchos de fuera que vienen a Hamburgo y que ya no se gana tanto allí. Según él, Blankenese está más lejos, pero merece la pena porque el público es más generoso.

Paul dudó un momento. Podría haberle preguntado a la vecina si no le importaba quedarse con Ella hasta que Martha la recogiera, pero no tenía ni idea del tiempo que tardaría su mujer.

—En fin —dijo con resignación—. Hija, como no está el abuelo, te vienes con nosotros a ver el barco grande.

—¿Luego tomaremos también un helado? —preguntó Ella—. Mamá me lo ha prometido.

—De regreso a casa buscaremos al heladero —dijo Paul.

EL *IMPERATOR*, QUE desde la botadura estaba anclado delante del astillero, se veía a la perfección desde lejos. No solo Paul y sus hijos habían aprovechado el domingo para admirar el gran barco, y en el interior se afanaban en terminar los últimos trabajos. Ellos eran los únicos que tenían permiso para subir a la embarcación, pues el ingeniero Erich Nadler era un antiguo colega de Paul. Ambos habían trabajado juntos en el astillero de Gustav Wolkau, pero hacía unos años que Erich se había trasladado al de Vulcan.

—Creí que solo ibas a traer a los chicos —lo saludó su colega—. ¿No te parece que Ella es un poco pequeña todavía?

—Martha ha tenido una urgencia y no conozco a nadie que se pueda encargar de ella —le explicó Paul—. Pero no te preocupes; mi pequeña princesa sabe cómo hay que portarse, ¿verdad? —Cogió a la niña en brazos.

—Y vosotros dos queréis ver un buque de vapor bien grande, ¿verdad, chicos? —Erich se volvió hacia Rudi y Fredi.

—Sí, papá nos lo prometió el año pasado, el día de la botadura —dijo el mayor con resolución—. Cuando vimos al káiser bautizar el barco.

—Pues venid conmigo, pero no toquéis nada sin preguntar antes.

Ya solo entrar en el barco resultaba una aventura, pues la única escalera para subir a bordo era muy empinada.

—¡Veo nuestra casa! —gritó entusiasmado Fredi cuando llegaron arriba—. ¡Está allí, al fondo!

—¡Yo también quiero verla! —dijo Ella, que desde los brazos de su padre tenía una buena perspectiva. Este se acercó a sus hijos y se la enseñó.

—Con qué poco os conformáis —dijo Erich riéndose—. Ya veréis cuando llegemos a la primera clase. Ahí no suele entrar nadie como nosotros. Los camarotes son tan caros que ninguna persona corriente se puede permitir uno con sus ingresos.

Aunque Paul, como ingeniero mecánico, ya había visto algunos barcos, este lujoso buque de pasajeros también era algo nuevo para él, por lo que agradecía que Erich les hubiera facilitado esa visita a él y a los niños.

—Esto es un barco y lo demás son tonterías, ¿eh? Los ingleses tienen mucho que aprender todavía —opinó Erich—. Lo mejor es que empecemos por abajo y vayamos subiendo. Primero os enseñaré las salas de máquinas; después, la tercera clase; de ahí pasaremos a la segunda, y la primera la dejaremos para el final.

Paul y los chicos asintieron, mientras Ella lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

Las grandes calderas de vapor del casco del barco impresionaron mucho a los muchachos, que abrumaron a Erich con numerosas preguntas, como por ejemplo cuánto carbón necesitaba un barco como aquel y cuántos hombres tenían que apalearlo para atravesar el mar hasta llegar a América. Erich respondía a todas detalladamente y se alegraba del interés que mostraban los chicos. Ella, en cambio, solo dijo:

—Esto está muy oscuro, papá.

—Cuando arden las calderas, sin embargo, ya no está oscuro. Entonces hay tanta luz y hace tanto calor como en África —le explicó el amigo de su padre—. Pero no temas; enseguida vamos a subir y habrá más luz.

Los camarotes de tercera clase se encontraban en lo más hondo del casco del barco. En cada camarote había dos literas y un lavabo, y cada cama tenía su armarito. Paul se sorprendió de lo bien equipados que estaban los compartimentos. Le acudieron a la memoria otros cuartuchos muy distintos que había visto a lo largo de su carrera profesional.

—No está mal, ¿eh? —dijo Erich, que había sabido interpretar la mirada de Paul—. Esto todavía se lo puede permitir uno. Camas cómodas y una decoración como la de las fondas modestas. Un obrero puede pagarse la travesía a América con la mitad de su salario mensual, pensión completa incluida.

Como los camarotes eran demasiado angostos como para quedarse ahí durante todo el día, la vida cotidiana transcurría en las cubiertas y en el gran comedor. El mobiliario de aquella sala le recordaba a Paul a los restaurantes económicos del puerto. Con sus sencillas y funcionales mesas y sillas de madera, se correspondía con los gustos y hábitos de la gente que viajaba en tercera.

—Esta es la cubierta de la tercera clase —anunció Erich cuando abandonaron el comedor—. Cuando esté todo listo, pondrán también unas hamacas. La mayor parte de los pasajeros se sentirán aquí a bordo más a gusto que en su propia casa.

—¿Y son todos emigrantes? —preguntó Rudi.

—Claro —respondió Erich—. ¿Crees que la gente pobre puede permitirse veranear en América, cuando el viaje dura ocho días?

—¿Ocho días? —preguntó Fredi con los ojos como platos—. ¿Tanto tiempo?

—¿Te parece mucho? —Erich se echó a reír—. Los antiguos veleros tardaban cuatro semanas. ¿No os lo ha contado vuestro tío, que es capitán de un barco velero?

—Sí, pero él no viaja solo a América —dijo Rudi—, sino también a Brasil y en invierno a Egipto. Una vez estuvo incluso en India.

—Yo también quiero ser capitán algún día —dijo Fredi—. Me gustaría ver mundo.

—Pero serías capitán de un veloz barco de vapor, ¿no? —dijo Erich de buen humor, haciendo en broma un saludo militar.

Luego se dirigieron a la segunda clase. De no haberlo sabido, Paul habría creído que era la zona más lujosa de la nave. Aunque los camarotes tenían unas medidas similares a los de tercera, el equipamiento era mucho mejor. No solo había camarotes de cuatro camas con dos literas, sino también otros destinados solo para dos personas, algunos de los cuales disponían de un sofá y una puerta que conducía al camarote de al lado. El suelo estaba revestido de una moqueta roja.

En los salones y en el comedor de la segunda clase estaban ya ultimando el revestimiento de las paredes. Las sillas y las mesas se amontonaban en los rincones, pero Paul apreció que se trataba de sillas caras forradas de cuero. Las cubiertas también eran más espaciales que las de tercera. Además de pequeñas tiendas, había incluso una peluquería con su sillón de barbero ya colocado, así como espacio suficiente para diversos juegos y numerosas hamacas.

—Así da gusto viajar, ¿eh? —preguntó Erich.

—Sí, desde luego —afirmó Paul—. Pero ¿cómo puede ser aún más lujosa la primera clase?

—Espera y verás —dijo Erich con una sonrisita—. El 22 de abril tiene que estar todo esto terminado para que el barco pueda ser inaugurado. En mayo lo estrenará el propio káiser con un breve viaje de prueba, y luego, en junio, tendrá lugar el viaje inaugural hacia Nueva York.

La primera clase los dejó sin respiración. A los niños, incluida Ella, los impresionó la gran escalinata de madera del vestíbulo. De la pared colgaba una pintura al óleo del káiser, de tamaño algo mayor que el natural.

—En mi vida había visto una escalera tan grande —dijo Rudi—. Parece la de un castillo.

—Sí, hemos pretendido que lo parezca. —Erich se rio—. Aquí viaja la nobleza tradicional junto con la más alta nobleza del dinero, la burguesía. Con lo que cuesta el billete completo del viaje en tercera clase, no podrías permitirte en primera ni una comida.

La niña abrió los ojos de par en par.

—¿Tanto comen?

—No, pero nos piden alimentos muy caros.

—¿Y qué es eso tan caro? —preguntó Fredi.

—Probablemente caviar y trufas, acompañados de vinos muy añejos —contestó Paul—. Pero esos platos y caldos no están tan deliciosos; solo los desean porque nadie más puede permitírselos.

—Entonces es que son tontos —dijo Rudi—. Yo prefiero comer lo que está bueno si puedo permitírmelo todo.

—Eres un chico listo —dijo Erich—. Venid, os voy a enseñar la piscina, que es como un sueño.

Por supuesto, todavía no tenía agua, pero de todas maneras era imponente. Poseía unas columnas que recordaban a la Roma antigua y le daban a los visitantes la sensación de estar literalmente sumergidos en el mundo de la Antigüedad.

—¡Es casi tan grande como la piscina municipal! —exclamó Rudi admirado.

—Sí, la nobleza no quiere renunciar a nada, por eso tienen aquí su propia piscina. Pero, chicos, como os he contado, todos esos caprichos les cuestan un dineral. Para un solo viaje vuestro padre y yo tendríamos que trabajar un año entero y ahorrar todo el dinero que ganáramos. Además, tampoco nos llegaría para pagar la comida, y al octavo día en el barco nos quedaríamos sin blanca. ¿Creéis que merecería la pena?

—No —respondió Rudi—. Los ricos deberían viajar en segunda clase, que también es bonita, y el dinero que les sobrara podrían dárselo a los pobres.

—Buena idea. —Erich sonrió con picardía—. Por lo que veo, Paul, has educado a los chicos como unos auténticos socialistas.

—Solo a medias —contestó su amigo riéndose—. Un auténtico socialista reclamaría para todos la tercera clase.

CUANDO FINALIZARON LA visita, Paul se dirigió con los niños a una pequeña heladería del puerto que había abierto hacía unos años un

italiano hábil para los negocios. La niña parecía contenta, y mientras Fredi y ella comían tranquilamente el helado a cucharadas, Rudi, excitado todavía, les contaba sus impresiones tras conocer el *Imperator*, en una verborrea entusiasmada.

Paul sonrió para sus adentros. Así se sentía alguien que lo había conseguido todo en la vida. Tenía un trabajo que le gustaba, una mujer maravillosa, tres hijos sanos y una bonita casa. ¿Qué más se podía pedir? No le importaba que los ricos pudieran permitirse viajes de lujo en la primera clase de un buque transatlántico; él se conformaba con disfrutar con sus hijos los domingos.

2

TODO EL MUNDO saludaba con amabilidad a Martha, que acompañaba a Katrin Schwenke a ver a su madre enferma. La gente del Barrio de los Callejones la conocía y la respetaba, conocedora de su profesionalidad y sensibilidad. Tras el nacimiento de sus hijos, Martha había reanudado su trabajo como enfermera voluntaria del puerto. Allí la necesitaban, pues muchos se resistían a consultar a un médico al no poder reunir el dinero necesario. Sobre todo si vivían en unas condiciones como las de los Schwenke. A Martha, que a su vez se había criado en aquel barrio, la seguían considerando de los suyos y su ayuda era siempre bien recibida. En especial, porque no costaba nada. Martha se alegraba de no tener necesidad de que le pagaran, ya que el sueldo de Paul bastaba para mantener a la familia. De todas formas, su misión no era del todo desinteresada, ya que era la única posibilidad que tenía de seguir trabajando en su profesión siendo una mujer casada, pues las reglas de los hospitales se caracterizaban por su rigidez. Solo las mujeres solteras o las viudas eran formadas y contratadas como enfermeras. Una regla que Martha no había entendido nunca, teniendo en cuenta que las viudas también debían ocuparse de sus propios hijos. Aunque su marido ganase un buen sueldo, una madre casada que saliera a trabajar resultaba sospechosa para la ciudadanía. Sin embargo, si realizaba ese mismo trabajo voluntariamente, se valoraba como una obra de caridad de mucho mérito. Martha nunca había comprendido esa doble moral.

LA FAMILIA DE Katrin vivía en un sótano húmedo en el que nunca entraba la luz. Aunque el Senado llevaba años queriendo demoler los edificios más envejecidos y sustituirlos por casas modernas, muchos residentes estaban a la defensiva. Solo unos pocos podían permitirse pagar las rentas más altas que acarrearía la nueva edificación. Pese a que sus viejos hogares eran unos cuchitriles húmedos, más valía tener un techo ruinoso sobre la cabeza que vivir a la intemperie.

El piso de los Schwenke era un ejemplo especialmente desolador. Además de la cocina, disponía de tres habitaciones minúsculas que más bien parecían trasteros. Cada cuarto tenía unos pequeños tragaluces, pero estaban tan altos que los niños pequeños ni siquiera podían asomarse a ellos. En cualquier caso, lo único que habrían visto sería el sucio empedrado de la calle y las piernas de los transeúntes.

Una de esas diminutas habitaciones servía de dormitorio para la madre; las otras dos eran el dormitorio de los chicos y el de las chicas. Al lado de las literas no había espacio para nada más, de ahí que toda la vida familiar se hiciera en la cocina, en torno al viejo fogón cubierto de hollín que no solo servía para guisar, sino también para calentar un poco la casa. En las paredes resaltaban las manchas de moho y las tablas del suelo no solo estaban desgastadas, sino también podridas en los rincones, donde se acumulaba el agua de condensación que corría por las paredes.

Alrededor de la mesa de la cocina solo cabían seis sillas, de manera que resultaba imposible reunir a los diez miembros de la familia juntos en torno a ella. Martha nunca había entendido por qué precisamente los más pobres eran los que más hijos tenían. Al fin y al cabo, había medios y maneras de prevenir el embarazo, y ella siempre había considerado su deber asesorar a las mujeres sobre este tema. Pero no todas le hacían caso. Martha conocía a la señora Schwenke desde que esta estaba embarazada de su tercer hijo. Tras el nacimiento del pequeño, intentó por primera vez sacar con cuidado el tema de la prevención anticonceptiva, pero la mujer no quiso saber nada de eso. Le daba vergüenza

hablar de aquellos asuntos íntimos y decía que tendría los hijos que Dios le diera. Martha había vuelto a sacar el tema ante cada nacimiento, que no hacía más que ampliar la ya numerosa familia, pero siempre sin ningún éxito. Hacía un año del parto de su noveno hijo y la señora Schwenke todavía no se había recuperado por completo. La muerte de su marido le había robado las pocas fuerzas que le quedaban y desde entonces guardaba cama, aunque Martha no sabía con exactitud qué padecimiento físico le producía la debilidad generalizada. Desde el punto de vista orgánico, no había sido capaz de diagnosticarle nada extraño. Más bien le daba la sensación de que a la mujer se le habían quitado las ganas de vivir, pese a tener que cargar con la responsabilidad de criar a sus hijos.

Ese día, cuando Martha entró con Katrin en el dormitorio de la madre, se asustó al ver a la enferma, que había envejecido de un modo considerable en las últimas semanas. Si Martha no hubiera sabido con precisión que la señora Schwenke tenía treinta y dos años, habría imaginado que rondaba los cincuenta y cinco. El enfermizo color de la piel permitía deducir algún tipo de dolencia hepática.

Además, la señora Schwenke no reaccionaba cuando se le hablaba, lo que su hija atribuía a la fiebre. Martha se acercó a la enferma y vio confirmadas sus sospechas: se trataba del hígado, pues la membrana blanca de los ojos también presentaba una coloración amarilla. Le preguntó a la señora Schwenke si le importaba que la examinara más a fondo, pero esta emitió un ronquido como única respuesta. Martha le levantó el camisón. El cuerpo de la madre de nueve hijos estaba tan desnutrido, que parecía como si la piel amarillenta envolviera los huesos del esqueleto como un viejo pergamino. Le palpó el hígado, bajo el arco costal derecho, y notó que lo tenía muy hinchado.

—Tu madre padece una ictericia grave —le dijo a Katrin al fin—. Eso puede tener muchas causas. La más leve sería una infección, que desaparecería en pocos días. ¿Ha comido marisco últimamente?

Katrin negó con un movimiento de cabeza.

—No, solo puré de avena. Ella dice que no le entra otra cosa porque tiene roto el estómago.

—Pero tus hermanos están todos sanos, ¿no?

Katrin asintió.

—Entonces no es una ictericia infecciosa. Me temo que sea una enfermedad hepática. En tal caso, yo no puedo hacer nada; esos síntomas deben examinarlos en el hospital.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar si a mamá la ingresan en el hospital? —preguntó Katrin desconsolada—. Si no nos llega el dinero ya... Tenemos muchas deudas por comprar al fiado en Lehmanns, que pronto dejará de darnos la leche para Zacharias. Y Zachy necesita su leche, porque mamá hace mucho que no puede darle la suya.

—Lo sé, Katrin. Pero si a tu madre no la trata un médico, podría morir y entonces las cosas empeorarían aún más. Me encargaré de que venga una ambulancia, y mañana te presentas en el consultorio y le pides a mi amiga, la señorita Heymann, unos vales para comida y para la leche. Tenemos una caja de donativos para casos urgentes.

—¿Nos darán también dinero?

—No, solo los vales.

—¿Por qué?

—Así lo decidimos después de haber tenido ciertas malas experiencias en el pasado. Antes ocurría una y otra vez que el dinero no se gastaba en los alimentos necesarios, sino en otras cosas. Y lo que nos importa es que tengáis algo para comer. Todo lo demás puede esperar. —Katrin asintió—. ¿Quieres que les eche también una ojeada a tus hermanos, para ver si están bien?

—Sí, pero no están todos. La mayoría ha salido a jugar fuera. Solo están Beate y Zachy.

—Pues vamos a ver a los pequeños.

La pequeña Beate había nacido seis semanas antes que Ella, la hija de Martha, pero, mientras que Ella hablaba por los codos y sabía decir a la perfección lo que quería y lo que no quería,

Beate en cambio solo era capaz de pronunciar frases sencillas de dos palabras. Además, era más bajita y pesaba menos que Ella, y presentaba signos de malnutrición. El pequeño Zacharias aún seguía en la cuna y, pese a haber cumplido ya un año, no sabía sentarse derecho. También él parecía demasiado pequeño y delgado para su edad. Martha suspiró. Ahora entendía por qué la señora Schwenke se mostraba siempre tan esquiva con ella cuando, en épocas mejores, le había sugerido hacer un chequeo a los niños. Le daba vergüenza que estuvieran desnutridos. Pero ¿por qué? Todos sabían lo pobres que eran; podría haber pedido ayuda. ¿Por qué no lo había hecho?

De repente, Martha sospechó algo peor.

—Dime, Katrin, ¿tu madre bebía de vez en cuando una copita?

—¿Qué clase de copita? —preguntó Katrin.

—¿Algún tipo de aguardiente, quizá?

Katrin se mordió los labios y bajó la mirada.

—¿Eso significa que sí? —insistió enérgicamente Martha. Katrin asintió sin decir una palabra.

—¿También cuando estaba embarazada de Beate y Zacharias?

—No lo sé.

—Katrin, sintiéndolo mucho, Beate y Zachy no están bien y tienen que ir también al hospital. Miden y pesan demasiado poco para su edad. En la Unidad Infantil del hospital público de Eppendorf los mimarán y alimentarán hasta que recobren la salud. Si no son atendidos de inmediato, seguirán estando débiles y enfermizos, y quién sabe si sobrevivirán al próximo invierno.

Para su asombro, esa vez Katrin se mostró enseguida de acuerdo.

—Me parece muy bien no tener que estar pendiente a todas horas de los dos —dijo—. Desde que papá murió y mamá no se levanta de la cama, la verdad es que me siento desbordada con la atención a los más pequeños.

—Te entiendo bien, Katrin. Tienes que pensar también en ti. Y de aquí en adelante no tardes tanto en pedir ayuda; dirígete enseguida a mí o al consultorio de la señorita Heymann.

—Eso haré, señora Studt. ¿Llevamos ahora mismo al hospital a mi madre y a los pequeños?

—Sí, voy a preguntar en la capitanía del puerto si puedo utilizar el teléfono para llamar a una ambulancia. Siempre son muy serviciales y están dispuestos a ayudar incluso en domingo.

Martha le guiñó un ojo a Katrin para animarla, aunque se preguntaba si le daría tiempo de recoger a Ella antes de comer para hacer la planeada excursión al Alster. Las pocas ambulancias que había solían tardar varias horas en llegar, y hasta ese momento debía quedarse con la familia para asegurarse de que la espera y el traslado fueran exitosos. Aparte de eso, consideraba su deber garantizar la manutención de los otros niños mientras la madre estuviera en el hospital. No podía dejarlo en manos de Katrin, que tan solo tenía trece años, y el familiar más próximo era una tía que vivía en las afueras más alejadas de Hamburgo. Naturalmente, podría haber dispuesto alojar de manera provisional a los niños en un centro de menores, pero entonces habrían separado a los hermanos, y las condiciones de dichos centros a veces eran más lamentables que las de aquella mísera vivienda. Martha suspiró: ¡cuántas dificultades se le habían presentado ese domingo!

LA AMBULANCIA PARA la señora Schwenke y los dos niños pequeños llegó antes de lo esperado, lo que en parte se debía a la buena reputación de la que gozaba Martha en los hospitales públicos. Incluso le habían enviado un coche motorizado para transportar enfermos, un automóvil con la puerta del maletero articulada por la que se podía introducir la camilla del enfermo en el interior del vehículo y dejarla firmemente amarrada.

Katrin puso los ojos como platos. Aunque cada vez se veían con más frecuencia ese tipo de vehículos por las calles, seguían siendo un verdadero lujo, y que precisamente su madre y sus hermanos pudieran viajar en un auténtico automóvil la dejó muy impresionada.

—Pero ¿podemos permitirnoslo? —preguntó insegura.

—No te preocupes por eso; ya lo arreglaremos.

Martha le explicó con brevedad al sanitario lo que ella sospechaba: una grave dolencia hepática de la madre que debía ser diagnosticada cuanto antes, así como malnutrición en el caso de los niños pequeños. Que además albergaba la sospecha de que la señora Schwenke había bebido durante los embarazos, se lo guardó para sí. De una madre enferma se compadecían todos, pero si entraba en juego el alcohol, la compasión se convertía en envidia y desprecio y podrían enviar a la señora Schwenke a un centro de desintoxicación en lugar de averiguar la causa de su dolencia. Además, un hígado enfermo podía tener otras muchas causas. Los parásitos eran muy frecuentes y, a veces, los gruesos quistes que dejaba la tenia equinococo en esa víscera tenían que ser extirpados con gran esfuerzo mediante sangrientas operaciones.

Una vez que la señora Schwenke y sus dos hijos menores iban camino del hospital, Martha pensó en cómo asegurar la manutención de los otros niños.

Podía recurrir a la guardería de la Asociación de Mujeres, que desde siempre había sido uno de los sueños dorados de Martha. Cuando nació su hijo mayor, Rudolf, en 1905, no vio ninguna razón para limitarse por completo a la vida como esposa y madre. Pero con un lactante era difícil seguir empleada como enfermera del puerto. Aunque Paul ganaba lo suficiente, una buena parte iba destinada a pagar el caro alquiler de su bonita casa, y lo que quedaba, descontando los gastos diarios, lo ahorraban para el futuro de su hijo. Desde luego, no sobraba dinero para contratar a una niñera.

Por aquel entonces, Martha le había contado el problema a su amiga Lida Heymann y las dos mujeres habían llegado a la conclusión de que una guardería sería la solución. De modo que no solo aprovecharon su influencia en la Asociación de Mujeres de Hamburgo, sino también los recursos financieros de Lida para fundar una guardería con arreglo a sus propias ideas.

Contaban con algunos buenos modelos, porque cada vez se iban poniendo más de moda ese tipo de centros, pero estas no tenían por finalidad facilitar a las madres la actividad profesional, sino solo ofrecer una educación edificante a los niños antes de que fueran al colegio. Por supuesto, también hubo voces críticas que consideraban reprobable que una madre dejara todos los días a sus hijos pequeños durante varias horas bajo la custodia de otros. Pero eso a Martha no le importaba. Sabía que tenía que dar buen ejemplo para que la consideraran un modelo a seguir. Dos años después, cuando nació Alfred, la guardería se había convertido en una institución reconocida por todos, y muchas madres que debían encargarse del sustento de sus familias acogieron con gratitud esa ayuda. De todas maneras, Martha notó que también ahí se establecían diferencias. La guardería solían utilizarla mujeres que también procuraban limitar el número de hijos, pues querían ofrecer a cada uno de ellos un buen futuro. Mujeres como la señora Schwenke, en cambio, preferían dejar el cuidado de su numerosa prole en manos de sus hijos mayores, como era el caso de Katrin.

—Katrin, quiero que te presentes mañana temprano con tus hermanos en la guardería de la Mühlenstrasse, número 8. Allí recibiréis más apoyo mientras vuestra madre esté en el hospital.

—¿En la guardería? Pero si ahí van solo los niños muy pequeños —dijo Katrin—. Zachy y Beate están ahora en el hospital. Quizá estaría bien para Benjamin y Traudi, pero los demás ya vamos al colegio.

—Lo sé, pero presentaos en la guardería todos antes de ir a clase; así podrán quedarse Benjamin y Traudi, y a los demás, cuando salgáis del colegio y vayáis a recoger a los pequeños, os recibirán unas amables educadoras que os pueden ayudar a resolver problemas. Espero que hasta que recibas y canjees los vales de la señorita Heymann, os den una comida caliente. Yo anunciaré vuestra llegada cuando deje en la guardería a Ella y Fredi mañana por la mañana temprano. ¿Tenéis cena para esta noche?

—Creo que sí.

Después de que Martha hiciera todo cuanto estaba en su mano, se dirigió a buscar a Ella. Ahí se enteró por una vecina de que su padre no estaba en casa y Paul se había llevado también a la pequeña de excursión.

De repente, comprendió que contaría con tiempo libre aquel día. Al principio ni siquiera sabía a qué dedicar aquel inesperado lujo. A menudo había fantaseado con disponer de unas horas para ella sola, pero ahora no tenía claro cómo quería pasar ese tiempo. Los domingos por la mañana nadie esperaba visita, así que, de entrada, descartó reunirse con sus amigas: era probable que la enfermera Carola tuviera que trabajar aquel día y Lida Heymann estaría planeando alguna excursión con su compañera sentimental.

Al pensar en el estilo de vida de esta última, que solo pasaba desapercibido desde hacía años porque a la sociedad moralista le había parecido inimaginable la homosexualidad femenina, le acudió sin querer a la memoria su amiga Milli. Hacía casi quince años que esta había abandonado Hamburgo para labrarse un futuro en América junto a su hija Anna. Se había casado con un influyente banquero neoyorquino con ambiciones políticas, pero se trataba de un matrimonio ficticio que únicamente servía para ocultar al mundo la homosexualidad de él. Por esa misma razón, el marido había reconocido a Anna como su hija biológica. Pese a todo, parecía irles bien, a juzgar por el contenido de las numerosas cartas que recibía de Milli con regularidad. Además, su querida amiga había tenido otros dos hijos. En sus cartas hablaba siempre de «nuestros hijos», presentando como lo más natural del mundo que Lawrence fuera el padre. Pero ¿sería verdad? Aunque a ella no le incumbía ese asunto, Martha le daba vueltas a la idea desde que Milli le había hablado del nacimiento de su primer hijo, Marcus y, dos años después, del de su hija Octavia. Como es natural, no podía hacerle aquellas preguntas por carta. Extrañaba muchísimo a Milli. En todos esos años apenas había pasado un día en el que no hubiera pensado en su amiga.

Y de pronto ya sabía cómo iba a aprovechar el tiempo libre. Se sentaría en la sala de estar de su casa y volvería a leer con tranquilidad todas las cartas que Milli le había escrito. También podría dedicarse a contemplar de nuevo las numerosas fotos que su amiga le había adjuntado en sus misivas. A continuación, por fin podría escribirle ella, en respuesta a su última carta. Gracias a esa correspondencia habían conservado parte de la confianza y el cariño que se profesaron antaño. Así, Martha esperaba que su amiga no tardara muchos días en responderle.